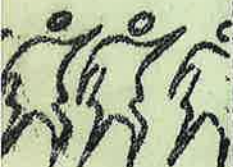


EL PSICOANALISIS

COMO INSTITUCION

François Gantheret



**Grupos de Trabajo de  
Psicología Crítica**

## EL PSICOANALISIS COMO INSTITUCION

François GANTHERET

Ha llegado a ser corriente, clásico, el reconocer la práctica psicoanalítica como práctica burguesa. La demostración ya está hecha: los datos económicos lo atestiguan en primer lugar. Estos datos no son conocidos, sin embargo, por el público profano más que en una vaga generalidad, y probablemente no es inútil precisarlos.

Una cura psicoanalítica dura mucho tiempo: varios años. El paciente puede elegir entre varios analistas que puedan tomarle a su cargo: pero las condiciones de esta elección son en principio económicas. El abanico de los honorarios pedidos va de treinta a doscientos francos, o más, por sesión; un psicoanálisis cuesta, pues, entre 400 francos y... infinitamente más por mes, a razón de tres o cuatro sesiones semanales. Con su tarifa mínima, no es accesible más que a las clases holgadas. Por otra parte, un dato llamado "técnico" de la cura pretende que el coste del análisis sea proporcional a las posibilidades del paciente: es necesario que el psicoanálisis represente un verdadero sacrificio financiero. Esta regla es respetada, pero según las modalidades siguientes: con muy raras excepciones, un psicoanalista tiene un abanico de honorarios posibles, cuyo límite inferior está en función directa de su notoriedad. El tal analista solicitará a sus pacientes honorarios proporcionales a sus ingresos, pero que nunca estarán por debajo de un cierto límite; y el límite mismo depende de la lista de espera del analista. Si se trata de un analista principiante esta lista de espera es restringida, el analista no tiene casi elección en cuanto a sus pacientes, y el límite es bajo. Si se trata de un analista conocido, su lista de espera es lógica, y puede permitirse el fijar un límite elevado... Dentro de las clases desahogadas que son clientes del psicoanalista se opera así una nueva selección: aquel cuyos recursos son mo

Depósito Legal: M-11.415-1972

100 ejemplares

Impreso en C O P I O N  
Puerta del Sol, 10, 2º  
M A D R I D - 14

Estos no podrá recurrir más que a un analista poco conocido y poco conocido, quien tenga fuertes recursos "económicos" podrá pagar un analista de renombre. En la práctica psicoanalítica - interviene ni siquiera lo que (con todas las reservas) pertenece a la Medicina escapar un poco a su posición de clase, es decir, la práctica en hospitales, en la cual todo paciente puede teóricamente, y bastante concretamente, recurrir al "patrón".

Estas modalidades de asistencia se engranan muy directamente con las modalidades de la formación psicoanalítica. Quien quiere ser analista debe pasar una serie de etapas, donde una sociedad analítica aprecia progresivamente su capacidad para ser analista. Un comité de selección admite después de un cierto tiempo de formación al candidato para practicar psicoanálisis bajo control, más tarde le reconoce como analista. Se establece una jerarquía muy precisa en las sociedades analíticas, desde los "alumnos" a los miembros adherentes, a los titulares, y después, de entre estos, a los analistas didácticos, es decir, reconocidos aptos para formar a otros analistas. La organización del poder en las sociedades recubre muy exactamente esta jerarquía. Los honorarios solicitados son reflejo - el de la posición del analista en la jerarquía. Esto implica que nada, que el candidato que tiene que recurrir a un analista didáctico deberá pagar muy caro su análisis (actualmente una media de 100 francos por sesión). Por lo tanto, no puede tratarse más que de los más ricos entre los eventuales clientes del análisis. Por otra parte, en los medios donde actualmente se reclutan los futuros analistas, es decir, esencialmente las profesiones que tienen que ver con la salud mental, prácticamente, de entre ellos, sólo los médicos pueden tener recursos suficientes para soportar estos gastos. Este dato financiero juega un papel de refuerzo de la casta médica y de poder en los equipos de asistencia.

Es cierto que existen analistas que individualmente escapan poco o mucho al mecanismo descrito; pero solo con muy ra-

ras excepciones; por otra parte, una sociedad analítica, puesta en tela de juicio teóricamente las modalidades de la formación analítica (la sociedad freudiana de París, o "lacaniana") al parecer no ha hecho más que volver más oscuro este proceso pero si se mira de cerca no ha modificado en nada (salvo lo que concierne al vocabulario) la estructura jerárquica habitual, su soporte económico y en ningún momento ha modificado o siquiera aclarado su posición de clase - aunque haya podido pretenderlo en el momento de mayo, por ejemplo, dentro de un frenesí que por otra parte no le concernía a ella sola y que se parecía mucho a una operación de ruptura de fronteras políticas sobrepasada por una caza de clientes -.

Sería ingenuo asombrarse de que la práctica del análisis sea típicamente una práctica burguesa. No se ve porqué milagrosamente escaparía a las condiciones generales del intercambio en la sociedad en que se encuentra. Habría incluso que reconocerle, desde mi punto de vista, el mérito de no estar velando esta posición de clase; esto, al menos, es lo más general, excepción hecha de tentativas actuales de las que tendré que hablar. En todo caso, el psicoanálisis se encuentra relativamente a gusto en esta posición. El que es analizado, es el destino de las pulsiones; es la figura compleja que dibujan el deseo y la defensa, para llegar a una realización fantasmal del deseo para negar la frustración. Pero el deseo no está "en el aire". Mientras que el análisis no le ha permitido reencontrar el objeto fundamental al que tiende, le es necesario pasar por todos los bienes, los sustitutos, las desviaciones que están a su alcance. El principio de realidad, impacto de lo real y de su estructura sociopolítica, es reconocimiento de los caminos por los cuales debe pasar el deseo para encontrar satisfacción real y duradera. "La sustitución del principio de placer por el de realidad no significaría la destitución del principio de placer, sino solamente la preservación de este último. Un placer instantáneo, incierto en su futuro, es abandonado, pero lo es solamente para ganar por la nueva vía un placer aso-

urdo, cuyo fracaso es a más largo plazo", dice Freud (Formu-  
aciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico,  
11).

El análisis no puede, pues, más que hacer tablas en este -  
horizonte sociopolítico concreto en el que se encuentra compro-  
etido. Todo deseo de cambio de la realidad se le aparece se--  
n lo que él ofrece, es decir, economía del desvío, negación  
e la frustración, tentativa de satisfacción inmediata del de-  
eo. En esta óptica, el psicoanálisis no puede más que constatar  
ar imperturbablemente que tal es la realidad, y funcionar bajo  
este prisma. Haciendo esto, es bien evidente que participa  
totalmente en este horizonte concreto. Es lógico que la insti-  
tución analítica se deslice lo más clara y eficazmente posible  
en el molde sociopolítico concreto, integrándose armoniosamen-  
e en él. Desde un punto de vista político subjetivo, esto con-  
uce a una posición "modesta" del psicoanálisis, de los psicoa-  
alistas y de la institución psicoanalítica: nosotros funciona-  
os en el interior de un sistema social dado, no sabríamos pre-  
nder su transformación por muchos deseos que, individualmen-  
e, pudiésemos tener de ello. Desde un punto de vista político  
objetivo, esto conduce a una integración del psicoanálisis en  
el sistema social, en su puesta al servicio, de buen o mal gra-  
o, de este sistema: como no importa qué otra institución.

Actualmente, se dibuja otra posición que yo llamaría polí-  
ticamente participacionista activa, mientras que la precedente  
era más que pasivamente participacionista. Consiste en in-  
entar paliar la significación de contradicción interna del -  
istema de ciertos elementos del sistema sociopolítico, enro-  
ando en él la institución analítica. Esta tentativa tiene po-  
líticamente una función reformista.

En el hecho de las gentes que no se plantean en ningún mo-  
mento el problema político, pero que sienten las disfunciones  
e la empresa analítica y tratan de paliarlas. Es exactamente  
igual a la posición de un "joven patrón" que se inquieta por -

las amenazas que pesan sobre su empresa y se encauza hacia la  
acción social para conservar su rendimiento. Hay, en efecto,  
actualmente, necesidades crecientes en lo que concierne al -  
cuidado mental, y por tanto una necesidad de trabajadores cua-  
lificados del "sector". Así, esta cualificación aparece en -  
principio como cualificación psicoanalítica. En numerosas ins-  
tituciones de asistencia, ya no se contrata a un psicólogo -  
por su sola cualificación psicológica, sino además por su for-  
mación analítica. Cómo se le empleará, ésta es una cuestión a  
la cual nadie es capaz de responder; pero esta formación res-  
ponde como mito eficaz. Esto ya es real para los jóvenes psi-  
quiátras, (la casi totalidad de los internos de la Seine es--  
tán en formación psicoanalítica), y se hace poco a poco real  
para los reeducadores, los educadores... Hay un deslizamien-  
to progresivo de la necesidad que se siente de una formación  
analítica hacia capas cada vez menos aristocráticas de los -  
trabajadores de la salud mental. He aquí un proceso bien co-  
nocido actualmente: la necesidad acrecentada de trabajadores  
cualificados, que amenaza con hacer bascular la estructura so-  
cioeconómica. La respuesta más habitual a esta contradicción  
interna del sistema no es menos concisa: la formación de cua-  
dros medios, o maniobras supercualificadas. Esto es precisa-  
mente lo que amenaza a la institución psicoanalítica; un re-  
ciente proyecto de estatuto del psicólogo, redactado por D.  
Anzieu por demanda del gobierno, prevee la formación de psi-  
cólogos-psicoterapeutas avalados por las sociedades analíti-  
cas (ellas mismas avaladas por la Asociación Psicoanalítica  
internacional), como habiendo recibido una formación analí-  
tica, (pero no necesariamente como siendo psicoanalistas).  
Tal sistema existe ya por otra parte, de manera no oficial,  
pero ampliamente reconocido, de formación de psicoterapeutas  
de niños, atestiguado por un equipo psicoanalítico que, sin  
confundirse formalmente con la sociedad psicoanalítica de Pa-  
rís, cuenta sin embargo con alguno de sus principales repre-  
sentantes (Lebovici, Diatkine...).

Señalemos de paso, y de manera coherente con el aspecto político de la empresa, en qué se convierte el psicoanálisis en esta aventura: para un sub-psicoanálisis, se pueden formar sub-psicoanalistas; para niños, hombres en pequeño, puede contenerse uno con un pequeño psicoanálisis... El psicoanálisis se convierte en algo cuantitativamente dosificable; pierde así una característica fundamental: la radicalidad de su planteamiento. Al mismo tiempo se refuerza como mito: pues nadie es capaz de decir como puede ser utilizada esta pequeña formación analítica (alvo por tonterías del género "sensibilización en la relación humana"); y nadie se preocupa de ello. Es suficiente que pueda afirmarse que de alguna manera, misteriosamente, el análisis ha sido pasado... En fin, tercer aspecto coherente de este cuadro, las sociedades psicoanalíticas se convierten en garantes de ministerios interesados: se convierten en un órgano de selección: porque siguiendo su punto de vista se hará la selección de los llamados psicoterapeutas.

Por otra parte, sería erróneo hipnotizarse con sólo este proyecto de estatuto: pues no hace más que dar la más clara y acertada visión de lo que, oficialmente, tiende a instaurarse en todas partes.

Intentemos ver más claramente lo que esto significa para el psicoanálisis y la institución psicoanalítica. Hay, de hecho, coincidencia entre la primera posición, llamada pasiva, y la segunda, que mantienen la primera posición (es muy posible que los casos de la libido sean determinados políticamente, y rechazables políticamente, pero no por eso dejan de ser los caminos de la libido, y el análisis no debe preocuparse más que del análisis), o la apariencia de no negar la prealidad, se meten a fondo en la negación de la realidad: la de la extensión de la idea psicoanalítica, de la dificultad cada vez mayor de mantenerla en las formas tradicionales de su práctica; y por muchos que les digan los hechos que su aristocratismo es cada vez más artificial, que se van cada vez más alejados de la realidad social, que no se ocu-

pan de los problemas sociales que se plantean a propósito del análisis, otros se ocuparán por ellos, y de otra manera. Pero a la inversa, cuando ocuparse de ello, de la manera, que se ha visto, significa una desaparición de la radicalidad analítica, una igualación de su marcha, una cuantificación, ¿puede decirse que se trata de salvaguardar el destino del psicoanálisis? Ciertamente, no. De lo que se trata es de, en nombre del psicoanálisis, salvaguardar los intereses de una casta amenazada por el desarrollo de las contradicciones internas de un sistema. Pues ¿qué quedará si no se necesita el psicoanálisis? Un número limitado de psicoanalistas, que serían los que lo mantuviesen, que garantizarían una formación en nombre del psicoanálisis, sin poner en peligro la existencia de una aristocracia psicoanalítica. Se ve entonces más claramente la necesidad interna del segundo aspecto señalado hace un momento: a saber, el refuerzo del carácter mítico del análisis. Es, únicamente a este precio, como se puede, en efecto, salvaguardar la operación: que algunos, iniciadores, queden como mantenedores, y que al mismo tiempo desarmen la demanda confirmando algo indefinido, pero que tiene que ver con el análisis. Es éste, rasgo por rasgo, el modelo de la participación gaulista: desarmar el descontento obrero ofreciéndole una participación mítica en los beneficios de la clase poseedora, lo que permite salvaguardar los auténticos intereses de ésta. Pues los auténticos intereses de ésta, y aquí es necesario volver a la radicalidad del análisis: es que el mecanismo fundador del capitalismo, la plusvalía, siga actuando, sean cuales sean las circunstancias.

A la vez, nos resulta más fácil comprender el tercer aspecto de la cuestión, la colisión de las sociedades analíticas con el poder: pues de hecho se trata del mismo camino.

¿Se puede, pues, contentándose con analizar estas dos posiciones por su común interés, "darse una razón" en lo que concierne al destino político del psicoanálisis? ¿Es necesari-

admitir que éste, de ninguna manera sabría escapar como institución, como proceso, como teoría, a sus determinaciones técnicas? ¿Es necesario contentarse con observar sus avatares y sus restablecimientos, estrictamente idénticos a los de la institución?

Y sin embargo... Qué era aquella esperanza en el psicoanálisis, que en mayo de 1.968, se veía afirmarse, recurriendo a Marcuse... Es decir, el recurso a Freud, pero entre desviacionistas de la institución psicoanalítica. Yo no niego que el recurrir a Reich sea pertinente en sí mismo: Reich ha pagado su divergencia con la institución analítica al precio del delirio (Esto puede plantearse como hipótesis: que hay una unidad explicativa de la exclusión de Reich y su delirio: a mi ver, exclusión de la institución y delirio son una sola y misma cosa. Yo no pienso tampoco que el recurrir a Marcuse sea pertinente en sí mismo, ya que Marcuse ha sido menos ligado a la institución analítica que lo estaba Reich) paga su tentativa freudo-marxista con un aplanamiento aceptable del pensamiento freudiano (y en esto, estoy de acuerdo en el fondo con las consideraciones teóricas de Laplanche en su artículo de...La Nef!) Lo que quiero decir, es que hay un delirio en el psicoanálisis que, confusamente, ha podido aparecer fundamentalmente aliado de la lucha de clases, y esto incluso a través de todos los velos, los malentendidos, los desajustes, a través incluso del hecho de que el movimiento de mayo partía de una capa intelectual marginalmente burguesa a través incluso del hecho de que este recurso a Freud pagado por el trasvestismo mítico del psicoanálisis en la sociedad actual.

Y cómo explicar esto: cuando un "joven patrón" instaura modificaciones de la estructura de la empresa para paliar la reivindicación obrera, e incluso si, al hacer esto, se mete en el terreno de una revisión de las contradicciones internas del capitalismo, "la cosa marcha", en el sentido de que continúa pro-

duciendo, continúa explotando la fuerza de trabajo de los obreros. Se sigue tratando del capitalismo industrial, e incluso de un capitalismo reforzado. En la empresa reformista del psicoanálisis, de la que he hablado, la cuestión no marcha de la misma manera. El psicoanálisis desaparece en el camino. Me doy bien cuenta que a través del proceso, lo esencial de su estructura de clase se conserva; pero ya no puede mantenerse como psicoanálisis, sino en el estado de mito alusivo. Es muy necesario que de manera en lo que el psicoanálisis tiene de más radical, algo se revele incompatible con su utilización política.

Este "algo" se sitúa al nivel del carácter radical de la interrogación psicoanalítica, y de la paradoja que representa. Pues en el análisis se trata nada menos que de la posibilidad para el sujeto de liberar la energía que ha investido y ligado según ciertos modos contingentes a su historia, y a través de ella, a los canales sociopolíticos que esta historia no ha podido más que adoptar, a fin de devolverla a una libertad de elección y de re-inversión. Pero, paradójicamente, esta libertad es ilusoria, esta elección está políticamente determinada. El análisis está dentro de la institución analítica, la institución analítica está dentro del sistema. El análisis se detiene allí donde comienza la institución analítica. Puesto -- que la institución analítica escapa al análisis; ¿es posible que ocupe un lugar diferente dentro de ella? ¿Qué querría decir esto?

Querría decir sobre todo que la institución analítica podría hablar, que podría convertir en palabra precisamente aquello que está en la base de su expresión: a saber, la ideología que transporta a pesar suyo, el impacto de esta ideología no solo sobre las condiciones concretas de su práctica, sino también sobre su teoría, sus conceptos, su trayectoria. ¡Que rehaga e interprete su historia, que vuelva a encontrar sus recuerdos! Por ejemplo, el recuerdo de haber señalado en un

to momento la centralidad de la sexualidad en la existencia humana. No como evocación racional de haberlo hecho, sino recuerdo real, es decir, con el peso contestatario que la proposición tenía entonces, ya que afectaba nada menos que a la estructura misma de la sociedad en la que era pronunciada. La organización sexual, su realización en la familia, es la misma carne misma de la organización económica del sistema, y él no se engañó en ello. Esto ya no es fundamentalmente un hecho, debido a la resistencia misma al análisis. Ha habido un desplazamiento. Freud, en 1908, podía sostener con razón en mi artículo "Freud et la question sociopolitique") que el fin de todo el sistema de culturización de la sexualidad recae sobre el hecho de que la satisfacción sexual genital es al mismo tiempo, por la puesta de la sexualidad al servicio de la función de reproducción, inserción en un orden social. ¿Entonces, cómo sin arriesgarnos a una catástrofe podemos introducir la legalidad de los anticonceptivos, y el problema ya no se plantea más; que el problema de la sexualidad siga siendo pertinente a nivel del individuo, pero a nivel de las instituciones, comprendida la sexualidad como organizador del cambio, como lo que debe permanecer del lado de lo no-dicho, no se coloque más allí donde se acostumbra a colocar. Hoy en día el psicoanálisis se ha hecho mundano: la sexualidad es uno de los temas rentables de Radio Luxemburgo. Hay un desfase fundamental entre el rigor de la interrogación analítica del sujeto, durante la cura, y la mundanidad del psicoanálisis en el siglo. La interrogación analítica está ausente de la institución analítica, el problema es difícil de situar dentro de ella. A este nivel lo que está en juego es la asociación libre, contra la emergencia de los educadores del inconsciente inconstitucional, es la burocracia de las sociedades analíticas. Estas se han visto sacudidas por la revolución de mayo de 1968 en Francia. Se han escuchado palabras que no testimonian otra cosa que una necesidad de la palabra y una posibilidad del análisis. ¿Cómo crear en la institu-

ción analítica las condiciones para que esta palabra continúe? Es el único problema que se le plantea actualmente a la institución analítica.

-----

